



[www.loqueleo.es](http://www.loqueleo.es)

© 2021, Miquel Arguimbau

© De esta edición:

2022, Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana Educación Global, S. L. U., licenciada a Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-402-0

Depósito legal: M-21857-2021

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: febrero de 2022

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega,

Álvaro Recuenco y Laura Ruiz



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# **Tut and Carter**

Miquel Arguimbau

Ilustración de cubierta de Irene Pérez

loqueleg



*Para Loli, Daniel, Miki, Xavi, Jana,  
Cris, y a mis nietos Daniel y Adam  
y los que puedan estar en camino.*



**4 de noviembre  
de 1922**

Amanece en el Valle  
de los Reyes



## Inglaterra

### Tres semanas antes

—¿Sabes, Howard? Al término de la última campaña te di mi palabra de que te financiaría una más. Solo una, la última. Siempre cumplo mi palabra, incluso en unas circunstancias tan adversas como las actuales. Mi familia no ha dejado de insistirme, muy educadamente, para que no derroche ni una libra más en lo que consideran un despilfarro indigno de un lord. Incluso han intentado, sin éxito, que me visitara uno de esos médicos que analizan la mente. Les hubiera encantado que me declarara loco para de ese modo administrar lo que queda de mi fortuna y de mi patrimonio. ¡Y qué decir de determinada prensa! Para algunos periodistas habría sido una gran noticia. Es fácil imaginar los titulares: «Lord Carnarvon, loco». «El aristócrata que ha malgastado la fortuna heredada en caballos, automóviles y en

financiar los sueños de un aprendiz de explorador como Howard Carter...». ¿Desde cuándo trabajamos juntos, Howard?

—Desde 1907.

10 —... Lo sé, lo sé... Mi salud, Carter... ¿Y por qué ahora te llamo Carter? Mi salud está cada vez peor, de hecho, salud y economía caminan actualmente de la mano en mi vida. ¿Partes mañana?

—Así es, lord Carnarvon.

—Yo a veces te llamo Howard y otras Carter, pero tú siempre tan formal.

Lord Carnarvon se levanta y sirve dos copas de jerez. Carter le observa pensativo y preocupado ante la dificultad de los movimientos de su anfitrión.

—Cálido, dulce, ciertamente algo empalagoso —comenta lord Carnarvon mientras le ofrece la bebida a su patrocinado—. Un jerez así es muy indicado para un brindis. Brindemos por el éxito.

Carter se levanta para el brindis. Después, ambos dejan caer sus cuerpos en sus respectivas butacas.

—Sí, Carter, sí, mi cuerpo ya no es el que era... Aunque el tuyo... Pareces muy cansado.

—Han sido unos días duros aquí en Londres. Esta ciudad me asfixia: la burocracia, la multitud,

los ruidos. Pero lo que me ahoga de verdad es la distancia que me separa del Valle de los Reyes. Cuando pongo rumbo a Egipto, cada milla parece devolverme una bocanada de aire.

—Ya sabes que otros expertos aseguran que allí, en el valle, ya no hay nada más bajo la arena —apunta lord Carnarvon.

—¡Ignorantes! —grita Carter.

—O hipócritas, Howard —reflexiona Carnarvon—. Temen que les pasemos la mano por la cara, porque, mientras dicen que es de estúpidos seguir excavando en el valle, muchos siguen allí buscando lo mismo que nosotros. Una tumba intacta, llena de tesoros. —Por momentos parece que el vino ha dado nuevas energías a lord Carnarvon.

—El valle esconde grandes tesoros, estoy convencido —responde Carter—. Es más, durante las próximas décadas saldrán a la luz cosas que ni tan siquiera podemos sospechar. Aquella civilización fue de una grandeza sin igual.

—De esto ya me convenciste hace quince años. Pero se nos escapa el sueño de encontrar lo que tanto se nos está resistiendo. O mejor dicho: a mí se me escapa el tiempo y a ti el sueño. Me gusta-

ría acompañarte, Howard, pero esperaré en mi mansión con la esperanza de que alguien llame a la puerta con un mensaje tuyo en el que me digas que has encontrado cosas maravillosas. ¿Dónde piensas trabajar?

—Cerca de donde lo estuve haciendo en la última campaña...

12

—La sexta.

—Sí, la sexta campaña en cuatro años. Soy consciente de ello.

—No te alteres, Howard.

—Me altero, Carnarvon, y dejemos a un lado el título, me altero siempre ante la proximidad de una nueva campaña, me altero cuando estoy en Inglaterra pensando en el valle, me altero cuando oigo que jamás encontraremos nada y me altero porque sé que, si el gran descubrimiento no lo hago yo, algún día no muy lejano lo hará otro.

—Apura el jerez. Decías que excavarás cerca de donde lo hiciste...

—Cerca de la tumba de Ramsés VI.

—¡Oh! Si mal no recuerdo, un lugar sin ningún indicio de haber albergado una tumba real.

—Exacto, y tal vez escapa a toda lógica a los ojos de los que allí buscamos hacer un gran descubrimiento. Las seis campañas anteriores me han enseñado que tal vez sea mejor jugármelo todo a la intuición. Cierto, no hay ningún indicio que augure el hallazgo de una tumba y, sin embargo... Ha dicho unas palabras que me enervan. Esas que hacen referencia a los posibles titulares sobre su fortuna despilfarrada en un aprendiz de explorador.

—Cierto, Carter, incluso mi hija intenta que algunos periódicos no lleguen a mis manos, cosa imposible, los puedo leer aquí o en el club, y en ocasiones los fracasos individuales parecen tener más importancia que la recuperación social y económica que aún arrastramos tras esa terrible guerra. Solo han pasado cuatro años y, detrás de tantas noticias frívolas e intrascendentes, creo que hay un interés nada casual para que determinados lectores olviden sus muertos ofreciéndoles las desgracias, verdaderas o no, de la clase alta a la que pertenezco.

Tras una larga charla con su patrocinador, Carter sale a la calle y empieza a caminar. A los pocos pasos alguien se le acerca.

—Mister Carter, siento molestarle, me llamo Walter Douglas, trabajo para *The Times* y mañana parto para Egipto. Me gustaría que me diera algunos consejos, pues va a ser mi primer viaje a...

—¿Periodista? —le interrumpe Carter—. ¿Y qué se le ha perdido a usted y a su periódico en Egipto? Mi consejo es que se quede en Londres.

14

—Eso es algo que no haré, mister Carter.

—Cada vez que un periódico escribe sobre faraones y pirámides, demasiados lores y sus esposas piensan en tomar el té navegando por el Nilo, y, créame, no me importaría que cuando pisen la arena del desierto sufran la picadura de un escorpión.

—Pero usted le debe mucho a un lord, mister Carter.

—Exacto, a uno, por eso detesto al resto. Y, ahora, me gustaría seguir mi camino sin su compañía.

—Una pregunta, ¡solo una! —exclama el periodista—. Si fracasa en su objetivo, ¿lord Carnarvon dejará de financiarle, es su última oportunidad?

—Debería darle dos respuestas y me ha dicho «una pregunta». ¡Adiós!

**Luxor**  
**28 de octubre de 1922**

Howard Carter llega por fin a Luxor. No piensa perder ni un momento. Cruza el Nilo y en la orilla este monta a caballo para dirigirse al Valle de los Reyes. Lo hace acompañado por Amin, su hombre de confianza.

15

Desde que abandonó Inglaterra ha recordado una y otra vez la conversación con lord Carnarvon y la pregunta del periodista. Sí, era su última oportunidad. Si fracasaba, sabía que nadie volvería a financiar ninguno de sus proyectos.

*¿Howard Carter? Ah, el que arruinó al iluso de Carnarvon. No, dígame que no pienso recibirle.*

*Pero ¿cómo osa ese pobre diablo pensar que puedo ser su mecenas? ¡Deshágase de él, no le quiero ver!*

*¿Carter? Más le hubiera valido ser engullido por las arenas del desierto. Al menos se le recordaría como un loco aventurero víctima de sus pasiones por el antiguo Egipto.*

—Iniciaremos la trinchera desde este punto hacia el sur —señala Carter—, hacia las cabañas que probablemente utilizaron los obreros que trabajaron en la tumba de Ramsés VI. Tendremos que remover muchos escombros y gran cantidad de arena. Contrata hombres. Necesito un equipo que trabaje duro. Y no me traigas a familiares quejicas ni a desconocidos que no sepas dónde viven y a los que no podamos encontrar si no vienen al trabajo o hallamos cosas de valor. ¿Entendido? Trabajadores fuertes y gente de fiar. No hay tiempo que perder. Empezaremos a excavar el día uno de noviembre. ¡Vete!

Tras quedarse solo, Carter respira profundamente y arrastra por la arena una de sus botas de montar trazando la línea que pronto se convertirá en trinchera. Después, con ambas botas, borra el dibujo para que ningún intruso competidor tenga pistas sobre cuál es su intención.

Debe regresar a Luxor, alimentarse, lavarse, descansar. Mira hacia el valle. Hay algo en él que le dice que aquel lugar le pertenece no como una propiedad de las que posee lord Carnarvon, sino por una relación sentimental, profunda, íntima. Des-

de que a los diecisiete años llegó a Egipto por primera vez para realizar dibujos bajo las órdenes de Petrie o Maspero, tiene la sensación de que su vida solo cobra sentido cuando se halla buscando lo que durante tantos siglos ha permanecido oculto.

## Amarna, «El Horizonte de Atón» Más de tres mil años antes

18 El joven Tut juega con Ansesenpaatón en los jardines de los palacios de Amarna. Están rodeados de flores y ella le ha hecho una corona que le coloca sobre la cabeza. El murmullo de las fuentes de agua se confunde con el repiquetear de las herramientas de un artista que trabaja en su taller.

Nefertiti posa para el escultor Tutmose, quien se halla moldeando el yeso y la piedra caliza cuando esta recibe la visita de su esposo, Akenatón.

—Dejadnos solos —dice el faraón.

El artista obedece y abandona la estancia en la que está esculpiendo el busto que el mismo rey le había encargado con unas palabras que nunca podrá olvidar: «La belleza de mi esposa traspasa los límites de lo imaginable. Podrás contemplarla con tus ojos si tus manos, y la magia que consigues con ellas, son capaces de plasmar su rostro en el

material que elijas. Quiero que tu obra sobreviva a los mismísimos dioses».

Tut y Ansesenpaatón oyen voces. Es evidente que se trata de una discusión. Tut coge la mano de su querida amiga y corren a esconderse cerca de la puerta entreabierto del taller. La curiosidad vence a la prudencia y escuchan las palabras que se cruzan los adultos.

19

—No podemos seguir así, Akenatón, tu sueño te costará la vida.

—Sufres sin motivo.

—¿Sin motivo? ¿Qué es un faraón si quienes le rodean conspiran contra él?

—Siempre hay conspiraciones, por eso abandoné Tebas, por eso no quise ir a Memphis, por eso construí El Horizonte de Atón, para alejarme de los traidores, para vivir en plena naturaleza, para disfrutar de ese don en forma de agua eterna, el Nilo. Cumplo el deseo de Atón y así parece que lo entendiste cuando te lo comuniqué, Nefertiti.

—Entonces tus palabras no me dejaron ver la realidad. ¿Acaso el deseo de Atón es tu temprana desaparición? ¿No te das cuenta de que incluso los más cercanos preparan tu relevo? Háblales,

escúchalos, tal vez así aún estemos a tiempo de evitar una tragedia. —Aunque firme, la voz de Nefertiti parece trémula.

Akenatón se muestra profundamente molesto.

—¿Que los escuche? Ya lo he hecho demasiadas veces. Siempre piden lo mismo: que reinstaure la adoración a los antiguos dioses, que conquiste otras tierras, que mande a mis tropas a morir para fortalecer Egipto. ¿Acaso es la muerte a manos del presunto enemigo el modo de darle sentido a la vida? Cuando llegue mi muerte terrenal, ¿debo presentarme al juicio final con las manos manchadas de sangre?

—Si eres ajeno a los peligros que acechan Egipto y los enemigos conquistan nuestras tierras, ¿cómo te presentarás al juicio de Anubis?

—¡Egipto no será conquistado jamás! Si nuestras tropas no pretenden lo que pertenece a otros pueblos, nos respetarán del mismo modo que yo los respeto a ellos.

—Creí en tu sueño, Akenatón; ahora, dudo. Tu sueño es demasiado hermoso para que perdure ante el odio que desataste entre los más poderosos y perversos, que se vieron desprovistos de palacios, poder y riquezas.

—Mi bella Nefertiti... La duda es razonable en momentos de debilidad y probablemente ahora atraviesas uno de esos momentos. ¿Quieres que tus sirvientas te preparen un baño?

Nefertiti se irrita ante las palabras del faraón.

—¡Ya basta, Akenatón, ya basta! —grita—. Me baño tres veces al día, mi cuerpo huele a perfumes, mi piel es suave... Te quiero, Akenatón, pero sé que más allá de rodearnos de cantos al amor y a la naturaleza, de vivir como si fuéramos niños llenos de alegría e ilusión, existe una realidad de la que hemos huido, pero que nos persigue. Porque no se puede huir de la avaricia ni tampoco de la responsabilidad, y tú, Akenatón, intentas eludir la responsabilidad. Eres faraón de Egipto, y a Egipto te debes más que a mí, más que a ti.

—Por Egipto he levantado una nueva capital a mitad de camino entre las dos ciudades que fueron el centro de la codicia. —Como si las palabras que oye de Nefertiti le hirieran en lo más profundo, el faraón muestra su rabia hacia aquellos a los que despechó—. Los responsables se beneficiaban de las riquezas que no les pertenecían con la ex-

cosa de servir a los falsos dioses, engordaban sus barrigas y sus arcas cada vez más. Utilizaban el poder en beneficio propio.

—Y al hacerlo has olvidado que esos a los que te refieres son un ejército más peligroso que los enemigos a los que Egipto ha derrotado en la batalla. Porque ellos no luchan cuerpo a cuerpo, matan por la espalda en plena oscuridad. Son como la serpiente o el escorpión. Y, lo peor, ¡dicen hablar en nombre de sus dioses!

—Si tu fe en mí decae, entonces sufriré. ¿No te dedico todo lo que soy?

—Estás ciego, ciego de amor por mí, por los demás. Si te quieres a ti mismo, Akenatón, si entre tanto amor que hay en tu corazón existe un poco para ti, despierta y comprueba por ti mismo que la traición habita entre nosotros. La traición nacida en Tebas se ha propagado como una epidemia y ya ha contagiado a quienes se encuentran cerca, muy cerca de ti, de mí...

Tut y su acompañante se han asomado para ver el interior del taller. Sorprendidos por la disputa, ven como el faraón agarra los brazos de Nefertiti, no de un modo violento, sino de súplica.

—Habla, Nefertiti, intuyo que sabes más de lo que dices.

—Sé todo aquello que mis ojos no se niegan a ver, sé todo aquello que mis oídos no se niegan a escuchar. ¿Qué crees que hace el general Horemheb además de mandar en tu nombre al ejército de Egipto?

—Si lo sabes, dímelo.

—Ha nacido en él la semilla de la desesperación. No dejes que florezca lo que todavía no llega a brote. Tu deber como faraón es ser fuerte. Las tropas necesitan verte mandando sobre aquel que les ordena. Horemheb es un general. Tú eres el representante en la Tierra de Atón.

—Mis antecesores han participado en mil batallas, han armado su brazo para conquistar tierras y tesoros. ¿Por qué yo he de hacer lo mismo? ¿Acaso no es el amor lo que nos diferencia de los otros seres vivos?

—Y mientras tú lanzas alabanzas al amor, mientras tú respiras los perfumes de todas las flores de nuestros jardines, mientras pides a los músicos que hagan acordes cada vez más bellos, las

nubes tan poco propicias en Egipto empiezan a oscurecer tu reinado.

—Atón brilla más desde que le reconocí su grandeza al considerarle la única y verdadera deidad.

24 —¿Brilla más? ¿Crees que tu pueblo ha abandonado el culto a los otros dioses? Por cada egipcio que reza únicamente a Atón, mil rinden culto a los mismos dioses que respetaron nuestros antecesores.

—Porque los sacerdotes a quienes les retiré sus poderes siguen alimentando esas creencias con la esperanza de que algún día se produzca una revuelta de la que habrán sido sus instigadores. No puedo eliminar de la noche a la mañana las supersticiones de tantas generaciones anteriores. Mi fuerza no puede ser la razón, pues la razón necesita muchas crecidas del Nilo para dar sus frutos. Hoy, mi fuerza es un mensaje de amor.

—El mensaje de amor más bello jamás conocido, un mensaje de amor que en mí germinó, pero yo solo soy un grano en un silo que guarda el fruto de la mejor cosecha. Ponte alerta, faraón, los buitres no dudan en despedazar al animal indefenso.

Akenatón no puede apartar la mirada de su amada.

—Eres bella y aún más cuando asoma en ti el disgusto.

—La belleza se marchita, Akenatón. ¿Es por ello que has querido reflejarla en este busto que tan cuidadosamente está realizando Tutmose?

—Está realizando una obra fabulosa. Dudaba de si sería capaz de plasmar tanta maravilla. Le recompensaré a él y a su familia.

—¿Cómo? ¿Les darás más amor? —ironiza ella.

—Me hieren tus palabras, Nefertiti.

—Cuídate de las voces que te niegas a escuchar, Akenatón. Y, si no quieres protegerte contra los traidores, pon a salvo al pequeño Tut para que él te suceda.

—Faltan muchas crecidas del Nilo para ello.

—Solo podemos confiar en Ay, mi padre. Él le instruye.

Akenatón parece desbordado, decepcionado ante los razonamientos de su amada. Respira impaciente, tenso y abatido al mismo tiempo.

—Oh, Nefertiti, ¿por qué albergas tantas sospechas? En El Horizonte de Atón, los mayores dis-

ponen de tiempo para compartir las experiencias de la vida con los más jóvenes, de ilustrarlos y de guiarlos. Instruir a Tut es una de las obligaciones del noble y fiel Ay. Basta, Nefertiti, ¡basta de temores!

Una mano de Akenatón cierra violentamente la puerta, y, aunque los jóvenes aún pueden oír sus voces, las palabras pronto se convierten en suspiros.

Tut y Ansesenpaatón deciden que es el momento de mojar sus cuerpos en el agua de uno de los lagos artificiales que abundaban en los jardines de los palacios.

—¿Es cierto, Tut? —pregunta ella al tiempo que salpica a su compañero—. ¿Serás faraón?

—No lo sé. Creo que sí.

—¿Por qué miras así mi cuerpo desnudo? Lo ves cada día.

—¿Querrás casarte conmigo? —responde Tut.

—No lo sé. No soy yo quien debe elegir esposo.

—Si soy faraón, te obligaré —dice él alzando el rostro hacia el cielo como ha visto hacer mil veces a Akenatón.

—Entonces tendré que obedecer —replica ella entre risas.

Mientras unos criados, siempre alerta, secan los cuerpos de los jóvenes, Akenatón y Nefertiti salen del taller del escultor. Caminan despacio. Ella, agarrando con uno de sus brazos la cintura de él y dejando que su cabeza repose sobre el hombro. Él, con una suave sonrisa que ilumina todo su largo rostro. Por un momento se cruzan las miradas de los cuatro.

27

—Tut, cuando veas que la luz se esconde tras las montañas, ven a verme.

—Así lo haré, faraón.

La pareja se aleja como si la discusión anterior jamás se hubiera producido.

—¿Sabes qué haré mientras vas a tu cita con el faraón? Hablaré con Nefertiti. Quiero preguntarle algunas cosas —dice Ansesenpaatón.

—¡Dímelas!

—No sé si debo decírtelas —susurra ella muy coqueta—. Te diré una... Si me das un beso.

Tut acepta fingiendo que lo hace a regañadientes. Sus labios rozan una de las mejillas de Ansesenpaatón.

—Le preguntaré cómo ha conseguido que Akenatón, siendo quien es, con el poder que tiene, esté tan enamorado de ella.

—¿Y crees que te lo dirá?

—Debe hacerlo, por si algún día soy la esposa del faraón Tut...